

# TAMBIEN PLAGIO STENDHAL

Plagio con asesinato el absolutamente indiscutible de Stendhal, que voy a reseñar aquí con la posible extensión informativa y que es el primero, el más voluminoso y el más sonado de los suyos, pues creó otros muchos —no diré nunca cometió—. Tantos y tan acreditados fueron que se han escrito numerosos trabajos y hasta algún que otro libro sobre los plagios de Stendhal. ¡De Stendhal, el escritor más «diferente» —palabra suya de supremo elogio, de la que tanto usa y con la que distingue a su Julián Sorel—, el escritor de más ideas propias y más personalmente formuladas del siglo XIX francés! Bien se le puede emparejar en esto con el gran don Ramón, que no se le parece en nada en la manera de escribir, aparatosa-mente trabajada en Valle-Inclán, empecinadamente llana en Stendhal, aunque por otra parte se pueda señalar en lo hondo un cierto parentesco «tremendista» entre temas y gentes de uno y otro. (Algo cuya localización no tengo a mano se escribió sobre esto tiempo atrás.)

Volvamos a los plagios. Los cazadores de plagios suelen ser —excluyéndose las excepciones, pues debe de haberlas— unos literatuelos importantes que merodean por las zonas suburbiales de las letras, unos concienzudos excavadores incapaces no ya de lo que llaman «obra de creación», sino de la buena crítica (para mí tan «creadora» como la buena novela o la buena poesía: la crítica que lleva dentro ideas propias, observaciones penetrantes, gracia expresiva; muy lejos todo esto de métodos cuadrículados, fórmulas cabalísticas, análisis con escuadra y compás, llámeselas «estilística», «estructuralismo» y demás pedantadas soporíferas con pretensiones de lo que no pueden ser ni tienen por qué ser: cosa científica. ¡Cuánto se habría reído mi Stendhal —primer premio en matemáticas de la Escuela Central de Grenoble— de estas pretendidas ciencias literarias!)

A poco que se pare a pensar, a cualquiera le resulta evidente que, con este u otro nombre, el plagio, deliberado o no, concreto o diluido, informal o corpóreo, a cara descubierta o disfrazado, es algo más que un pecadillo vergonzante de literaturizantes sin materiales propios: es nada menos que el motor incesante, insistente, imprescindible, del eterno fluir de la cultura; motor a veces silencioso, a ve-

---

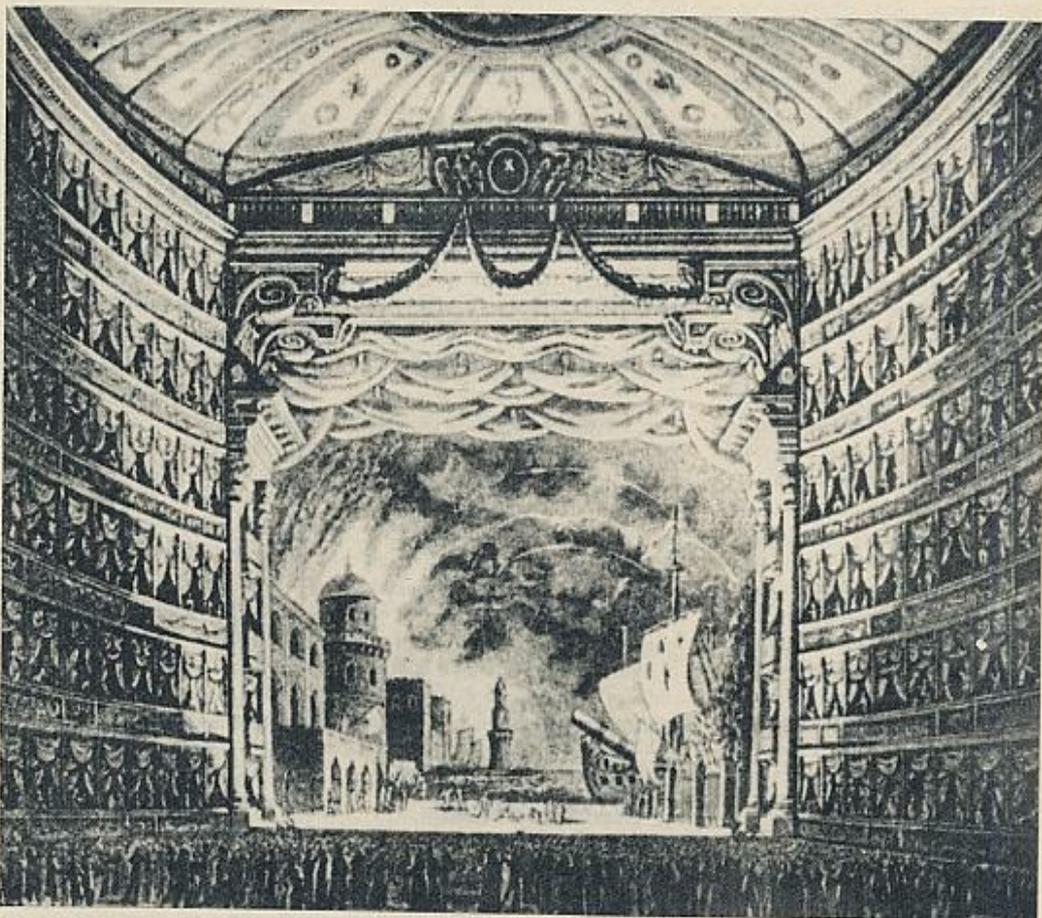
*La polémica sobre los plagios, desatada por los descubiertos en "La cara de Dios", de Valle-Inclán, se enriquece con la aportación de este trabajo de Consuelo Berge a propósito de los plagios "creados" por Stendhal.*

---

y su folletín incrustado del bien o del mal ajeno, vayamos a lo mío.

Lo mío, una vez más, es Stendhal. En este caso, Stendhal y sus plagios. Stendhal y la música. Stendhal y su plagio mayor relacionado con su pasión mayor y más constante, que, como todo el mundo sabe, fue la música.

Creo que vale la pena recordar



Interior del teatro de la Scala de Milán, donde hoy se puede ver un busto del escritor. (Acuarela de Angeli en 1824.)

ces muy ruidoso y señalado con titulares grandes en las páginas de la Historia; que a partir de la mónica incógnita, de la primigenia creación del cerebro del hombre, de los hombres —¡vaya usted a buscar ese germen primario!—, la cultura es, en suma, una progresiva sucesión de plagios. Esto está escrito, aunque no de este modo, en los textos de Historia de los primeros grados escolares —aquello del conquistador que se incorpora, modifica y acrece la cultura del conquistado: de caldeos a egipcios (para qué ir más atrás), de

egipcios a griegos, de griegos a romanos, etcétera—.

Y con igual evidencia, este plagio global, a escala de dilatadas épocas históricas, de grandes masas culturales, lo componen las minúsculas fracciones individualmente aportadas por cada labrador de cada minifundio cultural.

En esto, como en todo, el quid está en hacerlo bien. Si el plagiador es bueno, el plagio es bueno a más de inevitable. Si el plagiador es malo, no hay ni que hablar del asunto.

Dejando para otros a Valle-Inclán

aquí no cómo nació, porque nació con él, sino cómo afloró en Stendhal esta su pasión por la música, tan arraigada y duradera que la dejó certificada para siempre en varios de los autoepitafios que escribió: *Arrigo Beyle, Milanese... Quest'Anima Adorava Cimarosa, Mozart e Shakespeare.*

Su primera declaración de amor eterno a la música nos la cuenta «en tiempo pasado» —como dicen «los hombres del tiempo»—: «*Se prends mon bien où je le trouve*», dice Stendhal que dice Molière, es decir, en *Vida de*



Retrato de Stendhal de la época de «Cartas sobre Haydn».

Henri Brulard, su preciosa autobiografía incompleta, que comenzó a escribir pasados los cincuenta años y dejó cortada cuando, a los diecisiete, pasa el San Bernardo, camino de Milán, con las tropas napoleónicas. «Por la noche [en Ivrea] tuve una sensación que no olvidaré nunca. Fui al teatro (...). Daban el *Matrimonio secreto*, de Cimarosa. A la actriz que hacía el papel de Carolina le faltaba un diente. Esto es lo único que recuerdo de una felicidad divina. Mentiría y haría novela si quisiera detallarlo. Súbitamente se borraron en mí dos grandes hechos: primero, haber pasado el San Bernardo; segundo, haber entrado en fuego (...). En Rousseau me molestaba la pedantería de Julia de Etange, mientras que en Cimarosa todo fue divino. En los intervalos de deleite me decía: "¡Y estoy metido en un oficio grosero (se refiere al oficio militar, en el que acaba de estrenarse, y en el que no va a persistir más de un año) en vez de consagrar mi vida a la música" (...). Vivir en Italia y oír música como aquella fue desde aquel momento la base de mis pensamientos...». Podemos añadir que no fue sólo la base de sus pensamientos, sino la base efectiva de su vida efectiva: se pasó muchos años oyendo música en la Scala de Milán —donde hoy se puede ver un busto suyo—, compartiendo el deleite melómano con la conspiración romántico-liberal de los más distinguidos escritores y carbonari italianos de aquel tiempo —y se pasó otros muchos en la Opera Cómica de París—. Hasta llegó a fundir el amor a la música

con el amor *tout court* viviendo dos años con una cantante de la Opera Cómica, Angelina Bereyter, especializada en Cimarosa. Hasta tal punto se cumplió aquel exaltado voto formulado a los diecisiete años en Ivrea (o en Nòvara, que aquí sitúa contemporáneamente el hecho en una carta dirigida a su hermana Paulina).

Esto es, si no una prueba previa si por lo menos un indicio clarísimo de que en las «Cartas sobre Haydn» del primer libro de Stendhal hay algo más que el plagio, evidéntísimo y copioso, de las *Haydine* publicadas dos años antes en Milán por un tal Joseph Carpani.

Y paso ya a «plagiar» la abundante y detallada información correspondiente, allegada y publicada en primer lugar por Casimir Stryenski (*Soirées du Stendhal Club, Société du Mercure de France*, 1904), y considerablemente ampliada en la edición Champion (1914) de *Vidas de Haydn, de Mozart y de Metastasio* (1). La verdad que yo había «plagiado» ya ambos textos en mi prólogo para este libro, el primero de las obras completas de Stendhal que traduje y presenté hace ya un cuarto de siglo. Me «plagio», pues, además a mí misma.

He aquí el resumen tripartito de la historia.

Romain Rolland, tan entendido en música como tenía que serlo para escribir su *Jean-Christophe* en torno a Beethoven, y, como no podía menos, gustador de Stendhal —aunque la discursiva y profunda gravedad de su obra sea tan poco afín a la «divine alsance» de la obra stendhallana—, prologa lar-

gamenta este primer libro de Stendhal. Y hace un cómputo despiadadamente minucioso de lo que pertenece a Carpani en las «Cartas sobre Haydn», que, seguidas de una breve vida de Mozart y de otras breves «Cartas sobre Metastasio», publicó Stendhal (por su cuenta) en 1814 con el divertido nombre de Louis-Alexandre-César Bombet (uno de los muchísimos seudónimos —se calculan alrededor de los doscientos— que Stendhal empleó en opúsculos, artículos y correspondencia). «He comparado minuciosamente —dice Romain Rolland— *Le Haydine* y la *Vie de Haydn* y, por mucho que le due la a mi admiración por Stendhal, he tenido que llegar a la conclusión, abrumadora para él, de que por lo menos las tres cuartas partes de su libro se las pilló a Carpani». Y a continuación, Romain Rolland entresaca unos pocos ejemplos, recortados, como muestras del plagio, pero sin llegar a una completa y convincente confrontación de textos.

Yo, traductora y pertinaz glosadora de Stendhal, no soy una stendhalista con el grado de investigadora de su obra y de su vida, pues a tanto no llega mi libertario ser: me quedo en stendhalista diletante —como, guardando las distancias, diletante era él mismo—. No conozco, pues, las *Haydine* de Carpani ni una confrontación, línea por línea, de estas cartas sobre Haydn con las firmadas, en su primera edición, por el imaginario Louis-Alexandre-César Bombet y, en las sucesivas, por Stendhal. Pero conozco mucho a éste, conozco mucho la *entraña* de Stendhal, «el alma» de Stendhal, que diría él, y me atrevo a pensar que el severo Romain Rolland exagera en cuanto a la valoración de lo robado, no sólo en la valoración cualitativa, que de eso estoy segura, sino aun en la cuantitativa. Arriesgaría una apuesta a que hasta en las partes carpanescas de que más por entero se apropió Beyle hay algo de Stendhal, y que ese algo es mucho, aunque ocupe unas líneas nada más, y que ese algo es lo mejor. Acaba de salir de las prensas un librito que yo compuse y prologué hace año y medio entresacando de varios largos libros de Stendhal —entre ellos el aquí encausado— poco más de cien páginas, quintaesencia de sus ideas sobre «las artes». No daré aquí la ficha bibliográfica de este pequeño libro porque sería un abuso de autopublicidad (aunque el editor ha olvidado poner en la cubierta mi nombre de autor, que

## CONSUELO BERGES

autora soy de él en la medida en que lo son de los suyos, y como tales los firma, los que han hecho y hacen para Editions du Seuil la preciosa colección *Ecrivains de Toujours*. De las 130 páginas de este libro, unas treinta están seleccionadas de las «Cartas sobre Haydn», acusadas del delito de plagio y justamente condenadas. Pues bien, estoy segura de que, excluido un paralelo entre pintores y músicos y algún dato concreto, lo demás, el meollo, las ideas, la sal, la gracia —una sal, una gracia que no tienen aquí nada que ver con el humor— son de la entera pertenencia de Stendhal. Aparte esta propiedad evidente de sustanciales elementos, hasta en algunos hechos muy concretos que Carpani cuenta como vividos por él mismo y que Stendhal se adjudica como vivencias propias, hasta en esto hay algo de verdad stendhaliana, y no ya de verdad esencial, sino anecdótica. Véase un curioso ejemplo. Cuenta Carpani que, en 1799, se curó de una fiebre escuchando una Misa de Haydn. Bombet-Stendhal se adjudica a sí mismo la fiebre, la Misa curativa —o algo equivalente— y hasta la fecha. «¡Me ha robado usted hasta mi fiebre!, clama Carpani, con muy justificada indignación. Bueno, pues aun en esta descarada impostura stendhalesca hay algo de verdad, si quiera sea indirecta. En 1799, Stendhal no está en Viena, sino en París o camino de Milán con las tropas napoleónicas, pero sí estuvo en Viena en 1809, y en Viena asistió, con fiebre —la padeció a menudo desde que, a los diecisiete años, atrapó una blenorragia en sus novatas correrías de subteniente de Dragones—, no a una Misa de Haydn, pero sí a una Misa dedicada a Haydn, que acababa de morir. Se lo cuenta así a su hermana Paulina, con fecha 25 de julio de 1809: «Haydn ha muerto hace aproximadamente un mes (...). A los ocho días de su muerte, todos los músicos de la ciudad se reunieron en Schotten-Kirchen para ejecutar en su honor el *Réquiem*, de Mozart. Yo estuve, de uniforme, en el segundo banco; el primero lo ocupaba la familia del gran hombre: tres o cuatro mujerucas de negro y de caras mezquinas. El *Réquiem* me pareció demasiado ruidoso y no me interesó, pero empleo a entender el *Don Juan* que dan en alemán, casi todas las semanas, en el teatro de Widen».

Terminaremos ofreciendo al lector curioso, que alguno habrá, una pequeña parte del extenso sumario.



Colección fundada por  
D. Antonio Rodríguez-Moñino.  
Dirigida por D. Fernando Lázaro Carreter

#### NOVEDADES

\*\* 48 Rafael Alberti  
**MARINERO EN TIERRA.  
LA AMANTE. EL ALBA DEL ALHELÍ.**  
Edición de Robert Marrast.

\*\* 47 Diego de Torres Villarroel  
**VIDA, ASCENDENCIA, NACIMIENTO,  
CRIANZA Y AVENTURAS.**  
Edición de Guy Mercadier.

\*\* 45 y 46 Vicente Espinel  
**VIDA DEL ESCUDERO.  
MARCOS DE OBREGÓN. 2 Vols.**  
Edición de Soledad Carrasco Urgoiti

#### OTROS TITULOS

\* 43 Vicente Aleixandre  
**ESPADAS COMO LABIOS.  
LA DESTRUCCIÓN O EL AMOR.**  
Edición de José Luis Cano.

\* 42 Antonio Machado  
**JUAN DE MAIRENA.**  
Edición de José M. Valverde.

\* 36 Ramón Pérez de Ayala  
**TINIEBLAS  
EN LAS CUMBRES.**  
Edición de Andrés Amorós.

\*\*\* 35 Benito Pérez Galdós  
**LO PROHIBIDO.**  
Edición de José F. Montesinos.

\* 32 Antonio Machado  
**NUEVAS CANCIONES.  
DE UN CANCIONERO APÓCRIFO.**  
Edición de José M. Valverde

\* 24 Alfonso Martínez de Toledo  
**ARCIPRESTE DE TALAVERA  
O CORBACHO.**  
Edición de González Muela.

\* 13 Francisco Delicado  
**LA LOZANA ANDALUZA.**  
Edición de Bruno Damiani.

\* 3 José Martínez Ruiz, Azorín  
**LA VOLUNTAD**  
Edición de E. Inman Fox.

2 Pedro Salinas  
**LA VOZ A TÍ DEBIDA.  
RAZÓN DE AMOR.**  
Edición de Joaquín González Muela.

Sencillo	* Intermedio
70 ptas.	85 ptas.
** doble	*** especial
100 ptas.	135 ptas.

EDITORIAL CASTALIA  
Zurbano, 39  
Tels. 419 89 40-419 58 57  
MADRID-10

## TAMBIEN PLAGIO STENDHAL

El libro de Bombet-Stendhal aparece en 1814 con la cubierta que reproducimos en facsimil. Carpani tarda bastante en enterarse del espolio, pues su primera protesta la recibe y la extracta en París *Le Constitutionnel* en diciembre de 1915. (Más tarde, Carpani publica íntegramente esta y otra carta en un periódico de Padua.) Hasta en la traducción de estas cartas que ha reproducido, traducidas, en apéndice la edición *Champion de Vidas de Haydn, de Mozart y de Metastasio* se aprecia que Carpani, además de concienzudo musicólogo y hombre muy letrado —proliferan sus citas en italiano y en latín— maneja la pluma con cierta gracia, un poco gruesa, con desgarrada verba italiana.

Como el espacio se acaba, hay que elegir entre los alegatos de una y otra parte del proceso. Y con la debida parcialidad opto por Stendhal o por su representante —que al parecer fue, en este caso, Louis Crozet, su gran amigo de juventud y un poco colaborador en algunos primerizos escarceos literarios, póstumamente publicados.

*Le Constitutionnel* de 1 de octubre de 1816 publica la siguiente carta:

Rouen, 26 septiemb.  
1816.

Monsieur:

Como mi hermano Louis Alexandre César Bombet se encuentra en Londres muy viejo, muy gotoso, muy poco dedicado a la música y menos aún al señor Carpani, permítame que conteste en su nombre a la carta del señor Carpani que usted ha insertado en su número del 20 de este mes.

Leí el invierno pasado las dos cartas italianas dirigidas por el señor Carpani al señor Bombet y anunciadas en ese periódico. Esas cartas me indujeron a leer lo que el señor Carpani llama su *Haydine*, un grueso volumen interminable sobre el compositor Haydn. A través de muchas palabras y de detalles sin interés saqué en limpio que varios hechos de la vida de Haydn consignados en el libro de que se trata habían sido robados por el señor Bombet. ¿Cómo salir de este mal paso? Me consolé y, en conciencia, creí a salvo el honor de mi hermano cuando me puse a pensar que Hume no era plagiarlo de Rapin-Thoiras por haber dicho, después de él, que Isabel era hija de Enrique VIII; que Lacretelle no era plagiarlo de An-

quetil por haber tratado, después de él, el tema de la guerra de la Liga.

Me quedé más consolado, y casi gozoso, cuando me dije que Hume y Lacretelle trataron sus temas de modo diferente y, en muchos casos, opuesto al de sus predecesores; que estos dos historiadores sacaron de los mismos hechos consecuencias inadvertidas antes de ellos; en fin, que hicieron olvidar

primir frente a treinta de las *Letres sur Haydn* de M. Bombet, elegidas también por el señor Carpani. El público juzgará.

Yo preguntaría al señor Carpani si también reivindica la *Vie de Mozart*, la excelente digresión literaria sobre *Metastasio*, la *Lettre sur l'état actuel de la musique en France et en Italie*, la *Lettre de Montmorency* sobre lo bello ideal. Le rogaría que nos hiciera conocer

sus derechos sobre las cuestiones que el señor Bombet ha sido el primero en profundizar acerca de las verdaderas causas de los placeres producidos por las artes, y especialmente por la música; sobre los exquisitos juicios que el señor Bombet nos da sobre los grandes compositores; rogaría al señor Carpani que nos dijera si tendría la encantadora pretensión de haber servido de modelo al estilo lleno de gracia, de una sensibilidad sin afectación, y que no excluye la agudeza penetrante, acaso el primer mérito de la obra del señor Bombet.

Pero me doy cuenta de que, a mi vez, estoy robando al señor Carpani, que estoy cayendo en lo serio y en lo aburrido. El señor Bombet, que no gusta de ese estilo moderno y que, por tanto, no ha pensado en robar el suyo al señor Carpani, el señor Bombet, que es mi hermano mayor, seguramente me reprochará mucho la libertad que me tomo de aburrir al público en su nombre. Corto, pues, repitiendo al señor Carpani el desafío de las treinta páginas. Sólo respondiendo a él demostrará su buena fe.

Con mi mayor consideración, etcétera. ■ H. C. G. BOMBET.

Carpani no recogió el guante. De haberse realizado el duelo de la confrontación, y dando por exacta la que dice haber hecho Romain Rolland, la espada de Carpani habría atravesado el cuerpo de las «Cartas sobre Haydn», firmadas por Bombet. El cuerpo de estas cartas, pero no el alma. No el alma de Stendhal. De la astocada infligida a las propias «Cartas sobre Haydn» seguiría brotando la sangre eternamente pura, eternamente roja, eternamente fresca, eternamente sangre del cerebro de Stendhal.

Lástima que el gran don Ramón no esté aquí para responder como Stendhal, como el hermano de Bombet, de su «plagio». ¡Qué sabrosa y gallarda hubiera sido la respuesta! ■ C. B.



Reproducción de la portada del libro de Bombet-Stendhal.

a sus predecesores. Mucho me temo que no sea este el caso de ese pobre señor Carpani que, el invierno pasado, tan orgulloso estaba de poder sacar algunas cucufletas del apellido y de los nombres del señor Bombet y que hoy se presenta como un Hércules porque, según él dice, no se ha sabido qué replicarle. El señor Carpani dice que ha exhibido unas terribles pruebas contra el señor Bombet; quisiera una réplica en forma. Acaso este combate haría pensar un poco en las *Haydine* de nuestro Atletta que se están enmoheciendo en la casa Bucenelli, de Milán. El señor Bombet y el señor Carpani pueden presentar sus pruebas conjuntamente y de común acuerdo. El medio es sencillo. Que el señor Carpani haga traducir treinta páginas de sus *Haydine* elegidas por él mismo y las haga im-